



Andrea Luquin Calvo y Carmen Guiralt (eds.), *Reapropiaciones: mujeres, arte y espacio*. Editorial Comares, 2024, 156 pp.

Mira desafiante desde la portada, entre volantes, lentejuelas y trazos al óleo que arden: es la Bella Otero, danzarina, cortesana, mito. Pisando el escenario como quien sabe que ocupa un espacio protagonista, expuesta a la mirada de todos. Retrutada como icono por los pinceles de María Dolores Casanova en 1978, no solo evoca a la estrella de la *Belle Époque* francesa que reinventó su destino desde la pobreza más cruda hasta los palacios de Europa, sino que encarna, con toda su carga de ambigüedad y poder, las tensiones que recorren *Reapropiaciones: mujeres, arte y espacio*. Como Otero, muchas de las protagonistas de este volumen transitan territorios donde la subjetividad, el cuerpo y la

creación se vuelven estrategias de afirmación, ruptura y resistencia. Es un recorrido por diferentes espacios, ficticios y reales, cuestionados y reivindicados por las voces de mujeres que hicieron de su expresión artística un ejercicio de contestación al orden cisheteropatriarcal.

Las doctoras Andrea Luquin Calvo y Carmen Guiralt, profesoras de la Universidad Internacional de Valencia (VIU) y editoras de este volumen, publicado por Comares en su colección Arte, reúnen siete excelentes trabajos que, rigurosos en su planteamiento teórico y profundamente comprometidos con la visibilización de las mujeres en la historia del arte, permiten (re)descubrir la figura de diferentes creadoras que, en un mundo articulado sobre presupuestos androcéntricos, supieron abrir y ocupar espacios en los que no siempre se las esperaba. Y donde tampoco siempre se las valoró. Son, a menudo, artistas que han resultado subestimadas e ignoradas, como ocurre con la pintora Jacinta Gil Roncalés, a la que Alberto Ferrer dedica el capítulo cinco de la obra, en el que se subraya cómo logró desafiar los límites del arte a través del informalismo matérico. O artífices que, durante demasiados años, han permanecido en el olvido, como también sucede con María Dolores Casanova, protagonista del segundo capítulo del volumen, firmado por Sofía Barrón y Carmen Guiralt, y en el que se destaca el papel subversivo de la artista para transgredir las pautas creativas dominantes de su época y moverse a contracorriente: “se alejó de cualquier canon establecido y selló su individualidad en la esfera pública de numerosas formas” (p. 21). Algo similar podría decirse de las escritoras Concha Alós y Amparo Dávila, a quienes la crítica arrinconó por mucho tiempo y cuyas obras son puestas en relación con las de las cineastas Jennifer Kent y Natalie Erika James, de la mano de Rosa María Díez Cobo, quien reflexiona, en el tercer capítulo del libro, sobre lo evocador de la espacialidad doméstica como aparato de sujeción de las mujeres que protagonizan estas ficciones.

También se trata de creadoras cuya producción artística es imposible desvincular de su lucha política, en ocasiones explícita en el entramado de la contienda partidista, otras veces impregnando su tarea por resignificar y reivindicar su papel como protagonistas en el quehacer cultural. En el primer capítulo del libro, dedicado a la vida y obra de

Matilde de la Torre compuesta durante la Guerra Civil, el investigador Luis Pascual Cordero Sánchez recorre la producción narrativa de quien fue diputada socialista en las Cortes republicanas, en la que se entreteje política, historia y literatura. También el conflicto bélico impactó en el recorrido vital de María Luisa Elío Bernal, cuyos recuerdos de niña bajo las bombas, y ya de adulta desde el exilio en México, se entrelazan en una serie de obras autobiográficas que la doctora Andrea Luquin Calvo desentraña en el cuarto capítulo de este volumen. El modo en que la artista Myriam Jiménez Huertas explora las posibilidades de la cerámica y la porcelana, como moldeando su propia subjetividad creadora, examinado con detalle por Ricard Balanzà Martínez en el capítulo sexto, y la manera en el que Alicia Alonso rompió con muchas reglas para innovar y convertirse en una pionera en el mundo de la danza, abordado con una mirada que combina reconocimiento y análisis por María Esther Pérez Peláez en el séptimo y último capítulo del libro, completan una obra en la que el arte con nombre de mujer dialoga entre la subjetividad de sus creadoras y el resto de la sociedad, articulando relatos que tratan de abrirse paso en atmósferas de represión, subordinación, olvido, señalamientos y convencionalismos.

El discurso con el que todas estas creadoras han dado vía libre a su expresión se ha traducido en una multiplicidad de narrativas que se concretan en un plural conjunto de lenguajes artísticos. Así, sus voces emergen a través de la palabra, por medio de novelas que se nutren de crónicas periodísticas, jugando con los límites de la ficción y la escritura factual, y también diarios, como sucede con De la Torre; de los relatos de lo fantástico, como los escritos por Alós y Dávila, y también las narraciones construidas desde la memoria personal, como vemos en la obra de Elío. Pero, de igual manera, el lenguaje audiovisual, el del cine, tal y como reconocemos en la producción de Kent y James, se pone al servicio de esa creación desde la experiencia de la opresión sobre las mujeres. La plástica, naciendo desde la paleta policromática de Casanova, entre lo genuino y la provocación, y presente asimismo en la técnica mixta de Gil, con su innovador uso de materiales y la ocultación de superficies bajo atrevidos trazos, se revela al mismo tiempo como una retórica de claro impacto visual. Del mismo modo, es la mirada a la que in-

terpelan esas figuras cerámicas con las que Jiménez se debate entre la representación de las ausencias y presencias, bebiendo de toda una larga tradición en la que las mujeres han estado íntimamente implicadas en darle forma a este material. Y la danza, con la que Alonso ha articulado narrativas que combinan tradición y experimentación, se convirtió igualmente en el lenguaje con el que narrar su propia historia de liderazgo y transformación, irrumpiendo y dejando huella en la escena contemporánea.

La escena, el escenario que con brío pisaba la Bella Otero, es el espacio de creación y de proyección. Las autoras y los autores que conforman este volumen nos invitan con sus estudios a repensar la conflictiva, y a su vez fecunda, relación entre mujeres creadoras y espacios, materiales y simbólicos. Los espacios que han conseguido ocupar, a modo de reivindicación y de recuperación, para convertirlos en lugares de enunciación, desde los que articular, escribir, pintar, moldear y coreografiar sus voces. Son espacios que son encarnados hoy, pero nacidos desde la memoria viva del ayer. Espacios, algunos habitados, otros dejados atrás en el peregrinar experiencial y emocional, pero siempre como resultado de batallas por sobresalir (existir) o punto de partida para nuevas conquistas expresivas, tanto vitales como artísticas. Son a veces espacios nuevos, levantados sobre otros que fueron abandonados, y que resultan, así, en cierta medida recuperados. La búsqueda del dónde desde el que darle sentido al quién.

Cada espacio que una mujer atraviesa con su arte es una invitación a imaginar otros mundos posibles, en los que los límites pueden ser desafiados y donde resulta imperativo abrir nuevos universos radicales y feministas, en los que la identidad creativa de las artistas emerja como fuerza imbatible para reapropiarse de ellos y ponerlos al servicio de su torrente expresivo de resistencia y reivindicación. Este volumen no solo recupera y nos aproxima a trayectorias y voces de relevantes creadoras, a menudo injustamente olvidadas, sino que demuestra, con solidez crítica y sensibilidad estética, que el arte hecho por mujeres no solo ocupa espacios, sino que también los transforma.

Adolfo Carratalá
Universitat de València